

UN MOMENTO EN LA FILOSOFÍA AGUSTINIANA: LA DESORIENTACIÓN METÓDICA.

Juan Antonio Moreno Urbaneja. Universidad de Málaga.

En esta comunicación mostraré la desorientación metódica agustiniana que precedió a su conversión para justificar el itinerario que tomará su inteligencia hacia la fe. Quiero reconocer desde el comienzo mi deuda con el pensamiento de mi maestro Ignacio Falgueras, y en especial con sus obras *Hombre y destino*¹, y *De la razón a la fe por la senda de Agustín de Hipona*².

1. *Autotrascendimiento.*

Tras su lectura de los neoplatónicos, Agustín creyó que podría empezar a filosofar sin ningún obstáculo pero pronto se dio cuenta de que padecía un grave desorden cognoscitivo³ que le impedía centrar su atención en los temas más altos de la filosofía. Este desorden cognoscitivo afecta claramente al conocimiento que de sí mismo tiene el hombre y es la causa de que el filósofo no pueda avanzar con frutos en los demás temas de la filosofía.

“La causa principal de todos los errores, lo mismo acerca del mundo que acerca de Dios, está en que el hombre se desconoce a sí mismo”⁴.

Al estar disperso en lo sensible, no se percató de su misma actividad. Para solucionar este problema ingenia un primer paso: *noli foras ire*. Esta es una llamada de atención para que la razón deje de estar dispersa en lo exterior. Pero a la amonestación negativa sigue otra amonestación positiva: *In te ipsum redi*. Dejar de estar disperso en el exterior tiene sentido si le sigue una conversión al interior del hombre. Esta conversión al interior no es un fin en sí mismo sino que es el paso previo para entablar una relación vital con la verdad que habita en su interior. Para esta conversión del exterior al interior Agustín propone dos vías. La primera vía aprovecharía el nexo entre un mundo sensible y el mundo interior: las disciplinas o artes científicas. El espacio, los sonidos, los astros, los hechos humanos, etc... son entendidos, juzgados y ordenados por la razón humana, dando así unas respectivas disciplinas: la geometría, la música, la astronomía, la historia... Si la razón se centra no ya en estas realidades exteriores al hombre, sino en el modo como

¹ Falgueras. Ignacio, *Hombre y destino*, Eunsa, Pamplona 1998.

² Falgueras. Ignacio, *De la razón a la fe por la senda de Agustín de Hipona*, Eunsa, Pamplona 2000.

³ El encuentro agustiniano con su propio desorden lo explica Van Fleteren. F., en “S. Agustín en busca de la certeza”, *Augustinus* 36, 1991, pp. 331-336: “En un principio Agustín creía que la adquisición de la certeza sobre ciertas doctrinas filosóficas sería suficiente para la conversión definitiva a la filosofía, pero esto no fue así”.

⁴ “Cuius erroris maxima causa est, quod homo sibi est incognitus”, *De ordine* I,1,3.

se las conoce (las artes o disciplinas) la razón podrá descubrir la acción de la razón en todas ellas. Trascendiendo la actividad racional de la razón a través del estudio de las disciplinas, es como el hombre puede autotranscenderse y conocer su propia razón. La otra vía sería el trascendimiento progresivo de sus límites internos: los sentidos externos, el sentido interno, la imaginación, la memoria sensible.

El siguiente paso del método agustiniano será el autotranscendimiento para conocer la razón, y de allí ascender progresivamente hasta la intimidad humana y hasta Dios⁵. Vemos además que no es cualquier intimidad humana la que es tema de la indagación agustiniana, sino su propia alma, pues sabe que es en su interior donde puede encontrar a Dios con más intensidad⁶. La razón se da cuenta de su misma actividad de trascender y juzgar tomando distancia respecto de sí misma. Esto se puede hacer porque la inteligencia que es puramente espiritual puede penetrar en el ámbito interior de máxima amplitud que la inhabitación (iluminación) de la verdad inaugura en la mente humana. La inteligencia (luz iluminada) al penetrar este ámbito atravesado por otra luz (Luz trascendente o divina) se encuentra en un ámbito de transparencia cognoscitiva. Este entender sí es trascendente porque es transparencia con el iluminar divino. Al ser transparencia estamos ante un entender que es capaz de hacerse cualquier otra cosa, incluso lo más distinto al hombre que es Dios. El entender acoge lo otro como tal sin iluminarlo y sin aplicarle ninguna forma *a priori*. Este carácter trascendente del entender indica que el entender supremo, el Verbo Luz iluminante, es trascendente con una trascendencia de la misma altura que la que había descubierto en el Uno plotiniano. Estos descubrimientos pertenecientes a la teoría del conocimiento le van a permitir ampliar el ámbito de los trascendentales supremos desde la ampliación de los trascendentales antropológicos. La inteligencia toma distancia con respecto a sí misma (eso es autotranscender). El autotranscendimiento es un método, un *modus*, de seguir pensando que logra superar los propios límites de la razón humana. Si esto es así, hemos de entender al hombre como un ser abierto a un ámbito irrestricto de crecimiento espiritual. Esta apertura será una apertura hacia lo interior y superior del hombre que Agustín denomina intimidad (o corazón, o *mens* superior, persona...). Cuando la inteligencia tematiza lo que había quedado inédito hasta ahora (la intimidad humana), la descubre abierta hacia lo trascendente en modo de búsqueda. La intimidad humana “al buscarse para conocerse, se conoce en cuanto buscadora”⁷. Esta actitud de búsqueda tiene ya una cierta compensación por parte de la trascendencia y es que está iluminada por ella.

Al conocerse la razón a sí misma, se descubre que al juzgar aplica unos principios eternos que ella por su misma índole juzgante no puede conocer. Esos principios son conocidos por la inteligencia, cuyo iluminar es un dejarse iluminar. La inteligencia es

⁵ Uno de los efectos de este conocimiento será la humildad con la que se purificará nuestra mirada para entender mejor a Dios. Agustín afirma varias veces que desde el conocimiento del hombre también se puede acceder al conocimiento del mundo. En la práctica no va a practicar suficientemente esta vía, por esta razón afirma el profesor Flórez: “El conocimiento del hombre no es sólo previo y necesario para el conocimiento de Dios, sino que es también previo y necesario para el conocimiento del mundo” (Flórez, Ramiro, *Las dos dimensiones del hombre agustiniano*, Religión y Cultura, Madrid 1958, p.18).

⁶ “Dos problemas le inquietan (a la filosofía): uno concerniente al alma, el otro concerniente a Dios. El primero nos lleva al propio conocimiento, el segundo al conocimiento de nuestro origen. El propio conocimiento nos es más grato, el de Dios más caro; aquel nos hace dignos de la vida feliz, este nos hace felices. El primero es para los principiantes, el segundo es para los doctos. Este es el método de la sabiduría”, *De ordine* 18,48.

⁷ *De Trinitate* X,3,5: PL 42,976.

contemplativa mientras que la razón se vuelca hacia lo que es inferior a ella para ordenarlo y juzgarlo. La razón está iluminada, por tanto las verdades que se hallan en la inteligencia no son un mundo eidético pasivo sino una actividad iluminativa de la verdad que es la máxima trascendencia. La verdad ilumina nuestra inteligencia porque ha tomado la iniciativa para que nos podamos conocer y para que la podamos conocer a ella.

Autotrascenderse es convertir el propio entendimiento en camino o medida para ser iluminado por el entendimiento superior. Con el autotrascendimiento el hombre se hace método a sí mismo porque toma pie en sus propios límites para ir más allá de sí y alcanzar ganancias cognoscitivas nuevas: el descubrimiento de su propia actividad y por tanto de su mutabilidad.

2. La imposibilidad de establecer una relación vital con la verdad y la desorientación metódica tras el autotrascendimiento.

Que el hombre esté vinculado a la verdad significa que ha de responder a la iniciativa de la inhabitación siendo congruente con su huésped. En el caso del método filosófico ese “hacerse congruente” consiste en elaborar modos de seguir profundizando en la verdad que sean plenamente coherentes con ella. Para ello es preciso algo más que haberse autotrascendido, es necesario establecer una relación vital con la verdad de tal modo que se persevere en su indagación sin intentar rebajar los resultados obtenidos por debajo de los métodos utilizados.

“*Vide ibi summam convenientiam, et ipse conveni cum ea*”⁸.

Ahora que la inteligencia ha inaugurado un ámbito espiritual e irrestricto, se dispersa intentando concentrar su atención en los nuevos mediterráneos descubiertos perdiendo fuerzas y tiempo al carecer de guía. Esta desorientación metódica es una segunda problematización del método. La primera surgió en el escepticismo y pedía un método que habría de ser dado por alguna autoridad⁹. Ahora el método, *modus*, ya está encontrado y lo que se necesita es aprovecharlo metódicamente para que siga dando frutos¹⁰. Con el autotrascendimiento Agustín se dio cuenta de la verdad como esplendor o luz en su interior. Reconoció la índole de *lumen illuminatum* de su inteligencia, trascendió sus propios límites y se encoró a la luz suprema disponiéndose a aprender de ella. Todo esto lo pudo hacer con su sola inteligencia porque Agustín abandonó su pretensión de que su inteligencia fuese la medida de todas las cosas. Al autotrascenderse el hombre acumula el mérito de no creerse un ser autárquico. Al descubrirse trascendido, Agustín obtuvo una primera victoria sobre la soberbia¹¹: se dio cuenta de que él no era la verdad.

Esta primera victoria alumbró con una nueva claridad su propia soberbia, mucho más arraigada en su alma de lo que él sospechaba. Ahora la tentación consistía en pensar que como por las propias fuerzas de su razón se había dado cuenta de la existencia de la verdad trascendente, podría seguir profundizando en ella sin ninguna ayuda externa.

⁸ *De vera religione* 39,72.

⁹ “Reflexioné y pensé... en cual sería el *modus* (método) para hallar la verdad”, *De utilitate credendi* 8,20.

¹⁰ El modo de aprovecharlo será llamado por Agustín *via*.

¹¹ De todos modos no es en el autotrascendimiento cuando Agustín vence la gran batalla contra su soberbia, sino en la conversión.

Agustín al principio no se dio cuenta de que le faltaba el camino para caminar en y hacia la verdad. De ahí, que sus primeros intentos de sacar partido al autotrascendimiento fuesen infructuosos. Le faltaban fuerzas para permanecer con la atención intelectual centrada en lo trascendente. Enseguida su inteligencia se dirigía a escrutar señuelos de la verdad: “verdaderos” que le distraían de la atención principal. Esta es la desorientación metódica.

Su inteligencia se ha trascendido a sí misma y de este modo se ha descubierto como actividad que puede ir más allá de sí misma sin negarse y sin dejar de existir. Este “ir más allá de sí” lo ha podido ejercer gracias a que existía una luz (*Lumen de Lumine*) que la trascendía absolutamente¹². El conocimiento de la existencia de esa otra Luz es posible gracias a una consanguineidad entre su luz iluminada y la Luz iluminante. Esa consanguineidad permite que la inteligencia se reconozca como inmortal y espiritual, a imagen de la Luz divina.

Ahora bien, el conocimiento de la existencia de la Luz divina no es el conocimiento de la intimidad divina. Hasta ahora, salvo la existencia de la divinidad a través del *splendor veritatis*, todos los demás conocimientos sobre la verdad no han sido directos sino relativos a la inteligencia de Agustín. Hasta ahora Dios sólo había sido para nosotros lo que buscábamos por encima de la *mens*¹³. La intimidad divina, el *senu Patris*, queda oculta tras su esplendor de luz. La inteligencia trascendida de Agustín cuando leyó a los neoplatónicos conoció el *Splendor Dei* pero no el *Senu Dei*.

“Vi tu esplendor con corazón enfermo y repelido dije: ¿Quién podrá llegar allí?”¹⁴.

Por “corazón enfermo” podemos entender la soberbia, la curiosidad y el interés por las criaturas o concupiscencia. Estas dificultades le provocan la imposibilidad de entablar relación vital con la verdad divina. Este impedimento apunta a un problema metódico ya que lo que le impide es llegar a saber el modo como entablar la relación vital con Dios. Por esta razón fue a ver al anciano Simpliciano,

“...para que me revelase qué método de vida sería el más a propósito en aquel estado de ánimo en que yo me encontraba para caminar en tu senda”¹⁵.

¿Qué método para caminar en tu senda? Ya tenía el método para alcanzar la trascendencia de la verdad (el autotrascendimiento), ahora necesitaba el método para caminar en esa trascendencia (la vía). Agustín ha descubierto el autotrascendimiento pero está atado de pies y manos. Desea profundizar en el conocimiento de Dios, pero no puede porque le falta la total libertad de conocer. Esta libertad que él reconocía como dañada de raíz a causa del pecado original, no podía restituirla él mismo. En este estado fue cuando realizó esta queja:

¹² Aclaro que “trascender absolutamente” quiere decir que desde la luz iluminada esa Luz divina está más allá, pero ella no necesita referirse a nuestra luz ni a ningún otro “trascendido” para ser Luz. La Luz divina no trasciende, su estar más allá de nosotros es una consideración que hacemos *ad extra* de ella y relativa a nuestra luz. Tampoco se puede decir que su iluminar sea un iluminar sin remitencia a nada. Remite al Origen divino, pero ella no es inferior al Origen del que es manifestación o comunicación perfecta.

¹³ Cfr. *De Trinitate* XV,1,1: PL 42,1057.

¹⁴ *Confesiones* X,41,66: «Vidi enim splendorem tuum corde saucio et repercussus dixi: quis illu potest? ».

¹⁵ *Confesiones* VIII,1,1.

“Tú (se refiere a sí mismo) afirmabas que por la incertidumbre de la verdad no te atrevías a arrojar la carga de tu vanidad. He aquí que ya te es cierta y no obstante te oprime aún aquella, en tanto que otros, que ni se han consumido tanto en la investigación ni han meditado sobre ella diez años y más, reciben en sus hombros más libres alas para volar”¹⁶.

El problema no es ya que no conozca a Dios, sino que de ese conocimiento no puede realizar un aprovechamiento metódico para seguir conociéndole a Él y a sí mismo. De este descubrimiento de Dios realizado con el método del autotrascendimiento Agustín no pudo sacar fecundidad metódica porque estaba desorientado. Autotrascenderse no implica que se autotranscienda congruamente conforme al ámbito hacia el que se autotranscende. Una vez que Agustín se autotranscende, ¿podía seguir buscando guiado por su sola inteligencia? Sí, pero de este modo la búsqueda se vuelve sumamente fatigosa e infructuosa a causa de la desorientación. Entonces es cuando se dio cuenta de que para llegar a crecer en su conocimiento sobre la trascendencia necesitaría la guía de la misma trascendencia. Esta guía será la que le confiera valor metódico a su descubrimiento de la verdad por el autotrascendimiento: será la que le dé el camino para andar penetrando en la intimidad de la verdad.

“Sin Ti, ¿qué soy para mí sino un guía al precipicio?”¹⁷

¿Cómo la verdad le dará el camino para que pueda recorrerla mientras la conoce íntimamente? Como la ayuda le tendrá que venir de la verdad trascendente, es ella la que le dará el camino. El camino de la verdad es la guía de la trascendencia para que la busque con fruto dentro ya del ámbito de la trascendencia. El camino de la verdad está dentro de la verdad y pertenece a la trascendencia¹⁸ porque Agustín la recibe cuando ya está autotrascendido. En el siguiente pasaje señala cómo la verdad es al mismo tiempo fin y camino:

“¿A dónde vamos nosotros sino a Ella misma? y ¿por dónde vamos sino por Ella misma?”¹⁹.

3. La apertura de la inteligencia a la fe: *intellige ut credas*.

Según la distinción agustiniana entre razón e intelecto, el intelecto —respecto a la verdad— no trata de demostrar sino de reconocerse como iluminado y por tanto inhabitado por una Luz que le abre a un “ámbito íntimo, amplio e infinito”²⁰. Ese ámbito se le presenta como futuro porque ha de ser aún penetrado por la inteligencia trascendida que es invitada a abrirse a nuevos conocimientos que le puedan ser revelados por la Luz divina.

¹⁶ *Confesiones* VIII,7,18.

¹⁷ *Confesiones* IV,1,1.

¹⁸ Tras su conversión descubrirá que el camino es la misma verdad según la revelación: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”.

¹⁹ *In Ioan. Ev. Tractatus* 69,2.

²⁰ *Confesiones* X,8,15.

La inteligencia gracias a este descubrimiento se puede predisponer a esperar lo impredecible. Digo "puede" porque como ocurre en cada uno de los momentos de su método, siempre cabe la posibilidad de clausurarse conformándose con la última ganancia cognoscitiva y deteniendo el trascendimiento. Dicho con otras palabras: puede clausurarse sustituyendo la verdad por un verdadero.

El conocimiento de la absoluta trascendencia de la verdad o luz divina, nos señala que al estar más allá de todo límite, su conocimiento no podrá ser nunca agotado por mi inteligencia que conoce autotrascendiéndose, esto es: superando límites. "Al indicar que la veritas está por encima de toda realidad, me refiero de modo explícito a su trascendencia respecto de la mente y de los objetos"²¹. Por desgracia en esta ocasión Pilar Belda confunde dos trascendencias: no es lo mismo la trascendencia sobre los objetos que sobre la mente. De hecho nuestra mente es también trascendente con respecto a los objetos. Al ser trascendente, la verdad no está sujeta al tiempo ni al espacio²²; es así misma espiritual: no existe un *topos uranós* distante del hombre; es eterna²³ e inmutable²⁴.

Este saber que no sabemos nada de la intimidad de la verdad arroja un conocimiento positivo: sabemos que aún no la sabemos. ¿Qué añade este adverbio? Agustín vio que la consanguineidad entre su luz y la Luz divina había sido posible gracias a la iniciativa de la Luz divina. La iluminación había sido una iniciativa de Dios. Esto le dio esperanzas de que quizás en el futuro pudiera enriquecerse esa relación con una nueva iniciativa de la verdad consistente en revelarnos parte de su intimidad así como guiarnos en nuestra búsqueda de ella y en ella. De su autotrascendimiento Agustín concluyó no sólo que era necesario sino que además era posible que la verdad le ayudase en su método para que la conociera más profundamente. A esta actitud donde interviene la voluntad y la inteligencia la llamo esperanza racional.

Nada es más natural que reconocer que somos trascendidos²⁵ nos dice Agustín. Autotrascenderse es reconocer que la verdad no tiene medida y que mi medida o límite no la puede agotar.

El autotrascendimiento agustiniano—reconocimiento activo de que nuestro entendimiento es lumen *illuminatum*—reviste la forma de búsqueda de una luz trascendental que la ilumine. La apertura libre del entendimiento a la iluminación que le trasciende se frustraría si no le saliera al paso la revelación que es la libre iniciativa de la trascendencia en darse a conocer. Cuando Agustín conoce la no comparecencia de Dios, se abre a la espera del comparecer divino convencido de que el desarrollo de sus métodos no pueden merecer suficientemente la comparecencia de Dios. Por más que avancen los métodos, por más que procuren ser congruentes con el tema que ha de comparecer en el futuro, no pueden conquistarlo, no pueden obligarle a comparecer. ¿Esto que significado tiene? Significa sencillamente que la revelación divina es un puro don inmerecido y gratuito, más no inesperado, al menos en el caso de Agustín. El carácter donal de la verdad divina exige que nosotros la invoquemos solicitándole su auxilio para profundizar en ella y en

²¹ BELDA. Plans, *El sentido y la función de la filosofía en Agustín de Hipona*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Málaga, 1987, p.189.

²² "Est autem Veritas, et non et nusquam" (*Soliloquios* I,15,29: PL 32,884).

²³ "Qui novit Veritatem nivit eam, et qui novit eam novit aeternitatem" (*Confesiones* VII,10,6: PL 32,742). Véase también *Soliloquios* II,19,33: PL 32,901.

²⁴ Cfr. *Confesiones* VII,17,23: PL 32,742.

²⁵ Cfr. *Epist* 120,1,3.

todos los demás conocimientos. En Agustín se cuentan por cientos las invocaciones a Dios pidiendo ayuda para seguir progresando en el conocimiento²⁶. Antes de que tuviese lugar la revelación sobrenatural en el huerto de Milán, Agustín descubrió racionalmente que la posibilidad de una revelación era congruente con el orden de los descubrimientos más sobresalientes de su inteligencia trascendida. La posibilidad de la revelación era racional, pero no necesaria. La inteligencia tenía derecho a esperarla pero no a exigirla.

Si por la razón se llega a conocer la racionalidad de la revelación, también se llega a entender la racionalidad de la fe. Agustín se plantea muchas veces, tanto en su primera etapa de converso como en su vejez, la cuestión de la racionalidad de la fe. Agustín entiende por racional todo lo que está dispuesto con un cierto orden. Si el orden es muy superior, su intelección será difícil y hasta incompleta, pero nunca infecunda. Nadie puede conocer por completo la verdad, pero tampoco puede ignorarla por entera:

“Esta verdad que es consultada y enseña, y que se dice habita en el interior del hombre, es Cristo, la inmutable virtud de Dios y su eterna sabiduría. Toda alma racional consulta a esta Sabiduría; mas ella se revela a cada alma tanto cuanto esta es capaz de recibir, en proporción de su buena o mala voluntad”²⁷.

Entendiendo racional no como aquello logrado por la razón humana²⁸ sino como aquello a lo que alcanza la razón u orden divino tenemos que todo lo real debe ser racional. Agustín usa para Dios el término razón de un modo análogo al de razón humana, ligándole la actividad ordenadora de esta facultad. Todo es entendido por la sabiduría divina, nada se le escapa. Agustín identifica al sumo creador con la suma razón y con el sumo ordenador. Dios todo lo crea, lo entiende y lo ordena. El alma soberbia trata de juzgar todas las verdades, por eso, aunque pueda intuir con la inteligencia las verdades eternas, al interpretarlas como creaciones de su propia razón, al tratar de ordenarlas o racionalizarlas con el orden inferior de la razón humana, se le escapan²⁹. Con este planteamiento nos será más fácil entender el orden entre razón & fe. En el siguiente pasaje expone este orden.

“Pertenece al fuero de la razón (u ordenación divina) el que preceda la fe (don divino) a la razón (facultad ordenadora humana) en ciertos temas propios de la doctrina salvadora, cuya razón (u ordenación divina) todavía no somos capaces de percibir. Lo seremos más tarde. La fe purifica (hace humilde) al corazón (mente humana) para que capte y soporte la luz de la gran razón (u ordenación divina). Así dijo razonablemente el profeta: Si no creyereis, no entenderéis. Aquí se distinguen sin duda alguna dos cosas. Se da el consejo de creer primero, para que después podamos entender lo que creemos. Por lo tanto es conforme a la razón el mandato de que la fe preceda a la razón. Ya ves que, si este precepto no es racional, ha de ser irracional, y Dios

²⁶ Por poner un ejemplo, citaré la última frase de sus *Confesiones*. Una vez referidas algunas grandes verdades reveladas por Dios a los hombres, exclama: “Pero, ¿qué hombre dará esto a entender a otro hombre? ¿Qué ángel a otro ángel? ¿Qué ángel al hombre? A ti es a quien se debe pedir, en ti es en quien se debe buscar, a ti es a quien se debe llamar: así, así se recibirá, así se hallará y así se abrirá” (*Confesiones* XIII,38,53).

²⁷ *De magistro* 11,38.

²⁸ El término *racional* tomó este sentido en el siglo XVII.

²⁹ Véase por ejemplo la siguiente cita: “Creyeron virtud suya el ver lo que veían, y su soberbia hizo que desapareciera de la vista lo que veían”, *In Ioan. Ev. Tractatus* 2,4.

te libre de pensar tal cosa (pues sería afirmar que la razón divina es irracional). Luego si es razonable que la fe preceda a cierta razón (humana) para conocer lo que aún no puede ser comprendido, sin duda alguna antecede a la fe esa otra razón (la divina), sea la que sea, que nos persuade de que la fe ha de preceder a la razón (humana). Por eso amonesta el apóstol Pedro que debemos estar preparados a contestar a todo el que nos pida razón de nuestra fe y de nuestra esperanza”³⁰.

De este modo, explica Agustín a su amigo Consencio, cómo no es irracional anteponer la fe a la razón. La precedencia de la fe a la razón en materias trascendentales no es irracional, pero aún no sabemos por qué es racional. Es racional porque existe una racionalidad u orden superior que así lo dispone. Todo lo racional no es lo ordenado por mi razón humana sino lo ordenado por Dios. En la base de la incomprensión de este método, está la absolutización de la razón humana. En la concepción absolutizadora de la razón humana todo lo que queda fuera de lo ordenado por ella se vuelve irracional. Esta absolutización es un nuevo aspecto del dogmatismo. Dijimos que un método se vuelve dogmático cuando confunde el uno con el todo y lo verdadero con la verdad. Como las verdades eternas se le escapan a la actividad ordenadora de la razón, el pagano las tacha de irracionales, y el acceso a ellas (la fe) la considera una vía irracional.

“Este reproche a la fe, denominándola *irracional*, la han hecho siempre los paganos”³¹.

El método inaugurado por Agustín afirma que la mutua cooperación entre el trascender de la inteligencia humana y la fe es posible, racional y necesario para la adecuada profundización en las realidades trascendentales. “No es pequeña ciencia afianzarse en el que sabe”³². Presentamos una clarificadora cita de la epístola 120:

“Hay cosas cuya razón no podemos dar, y, sin embargo, existen. Porque ¿hay algo en la naturaleza universal que haya sido hecho irracionalmente por Dios? Pero también es conveniente que permanezca un tanto oculta la razón de algunas maravillosas obras divinas, para que el conocimiento de su razón no amengüe la estima que de ellas se puede tener”³³.

Lo que nos quiere decir Agustín en el pasaje citado es que el primer acto de acercamiento a la verdad es por la vía de la razón, si además de divisar de lejos, consiguiera profundizar en el conocimiento de la verdad por sí solo, creería que lo podría lograr siempre por sí mismo, con lo que no entendería realmente nada, y no podría avanzar en el conocimiento y amor a Dios. Lo más importante es saber que Dios nos ha amado primero, sin este conocimiento nunca podremos crecer pues no nos haremos humildes. La verdad está dispuesta a elevarnos a la trascendencia siempre que el hombre responda donalmente a sus dones. El primer don de la verdad es la fe. Los soberbios —en cambio— son los que dicen:

³⁰ *Epist.* 120,1,3 y 4; los subrayados y las anotaciones entre paréntesis han sido añadidas.

³¹ Cfr. *De utilitate* c. 14,32.

³² *Enarrat. in Ps.* 36,2,2.

³³ *Epist.* 120,1,6. En esta epístola Agustín desarrolla mejor que en ningún otro lugar la relación entre intelecto y fe.

“¿Cómo me obligas a creer lo que no veo? Vea yo algo, y creeré. Mándasme creer a ciegas, mas yo quiero que la fe me entre por los ojos, no por los oídos. —Pues habla el profeta: Si no creyereis, no entenderéis—. Tú quieres subir, y te olvidas de las escaleras. (...)Las reconditoces y honduras del divino reino demandan su creencia primero de llevarnos a su inteligencia; la fe, en efecto, es el peldaño de la intelección, y la intelección es la recompensa de la fe”³⁴.

4. Conclusión:

El autotrascendimiento tiene unas cinco consecuencias claves para entender el curso que va a tomar el método agustiniano después de su conversión:

1. La principal consecuencia, de la que derivan las otras tres, es la *desorientación metódica* que padece la inteligencia en su autotrascendimiento. En ese ámbito nuevo e infinitamente amplio, la inteligencia carece de guía para aprovechar metódicamente su autotrascendimiento, lo que le hará dar palos de ciego en los conocimientos intelectuales. La soberbia le puede hacer creer que así como llegó sólo hasta allí, puede permanecer por sí solo concentrado en la verdad logrando nuevas ganancias intelectuales.

2. La experiencia de la desorientación será en Agustín tan clara que su inteligencia esperará otra iniciativa de la verdad, esta vez no para darle el modus (el autotrascendimiento) que ya lo tiene, sino para proporcionarle el camino para andar en el ámbito amplio y pleno de la verdad. Ese camino que la inteligencia espera ha de ser al mismo tiempo verdad y camino hacia la verdad, porque Agustín ya está por el autotrascendimiento “situado” en la trascendencia de la verdad, y lo que necesita es un camino “dentro” de ella que lo guíe. A este acto de esperanza de la inteligencia en la revelación lo he denominado “esperanza racional”, para distinguirlo de lo que tradicionalmente se conoce como “esperanza sobrenatural”.

3. Gracias al autotrascendimiento y a la esperanza racional, la inteligencia comprende que la fe, como acto de la inteligencia que asentiría a nuevas e impredecibles iniciativas de la verdad, no sería irracional, sino que conviene con el carácter de luz iluminada de la inteligencia. Al *conocimiento de la racionalidad de la fe* se unen indicios sobre cuáles deberían ser algunas de las condiciones de dicha iniciativa o revelación.

4. La esperanza de la inteligencia ante nuevas e inmerecidas iniciativas de la verdad indica la *necesidad del don* de Dios para superar la desorientación metódica del autotrascendimiento. Podría pensar el lector que antes de la iniciativa divina que le dio la fe, el acto último que pudo realizar Agustín fue la esperanza racional o el conocimiento de la racionalidad de la fe, pero no es así. Aún hubo un adelanto racional más antes de la conversión: la investigación de algunas de las condiciones de credentidad de que ha de gozar la revelación divina. Este conocimiento es posible porque la revelación, para que

³⁴ *Sermo* 126,2; 126,1.

dé frutos metódicos, ha de ser aceptada por el hombre, en concreto por su inteligencia trascendida. Así pues, la inteligencia tiene derecho a considerar algunas condiciones de credentidad que debe tener la revelación. *Considerare cui sit credendum*³⁵. Estas condiciones serían grosso modo: a) que no niegue ninguno de los descubrimientos de la inteligencia³⁶, sino que siendo congruentes con ellos, los trascienda; y b) que sea congruente con su carácter de revelación divina y por tanto que ni sea contradictoria en sí, ni sea agotable por la inteligencia humana. Esta búsqueda de la credentidad es la culminación del *intellige ut credas*.

Juan A. Moreno Urbaneja
Dpto. de Filosofía
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Málaga
29071 Málaga
juamoreno@profesoresmix.com

³⁵ *De vera religione* 24,45.

³⁶ Una de las razones por las que Agustín se salió del maniqueísmo fue porque sus creencias contradecían los datos científicos de la época. Cfr. *Confessiones* V, 3, 6.